

# *FET-JONS en Cantabria y el papel del partido único en la dictadura franquista*

*Julián Sanz Hoya*  
Universidad de Cantabria

*Resumen:* El artículo pretende abordar algunos de los aspectos del debate historiográfico en torno al régimen franquista, centrándose en el papel jugado por el partido único FET-JONS y en la caracterización del personal político local y las bases sociales de la dictadura. Para ello estudia un caso concreto, presentando los resultados de la investigación sobre Falange y el primer franquismo en Cantabria, que no se corresponden con la interpretación clásica que incide en la debilidad del partido y la continuidad básica en los poderes locales. Por el contrario, plantea que FET-JONS mantuvo una cuota de poder muy importante en el seno de la dictadura franquista y que desempeñó un papel clave en la conformación de las bases sociales del régimen. Esta base social se construyó sobre una amplia alianza de sectores sociales heterogéneos, con una importante renovación de cuadros políticos y un especial protagonismo del campesinado y la pequeña burguesía.

*Palabras clave:* FET-JONS, dictadura franquista, Cantabria, implantación, base social, jefes locales, continuidad, renovación.

*Abstract:* The article deals with some aspects of the historiographical debate on Franco's regime, focusing on the role developed by the state party FET-JONS, and the character of local authorities and the dictatorship social basis. For such purpose, it is studied a specific regional case: Falange and the *primer franquismo* in Cantabria. What this case shows does not match to the classic interpretation, that remarks the weakness of the party and the continuity of the local authorities. On the contrary, FET-JONS kept a high level of power within Franco's regime and carried out a key role in the making of the regime social basis. This social base was a wide alliance of heterogeneous social groups, with a important

renovation of the political establishment and a special importance of the peasantry and the middle classes.

*Key words:* FET-JONS, francoist dictatorship, Cantabria, implantation, local chiefs, continuity, renovation.

La celebración del V Encuentro de Investigadores del Franquismo (Albacete, 13-15 de noviembre de 2003) ha puesto de manifiesto la persistencia de diversos puntos de vista sobre uno de los aspectos básicos de la configuración política de la dictadura: el partido único. Vistos los términos del debate suscitado al respecto y los resultados de algunas investigaciones recientes, parece evidente la necesidad de revisar la cuestión del poder y funciones de Falange dentro del régimen, así como cuándo se debe situar su momento de declive<sup>1</sup>. Al tiempo, comunicaciones como la de Francisco Cobo y Teresa Ortega sobre Andalucía oriental han puesto de manifiesto la amplitud de los apoyos sociales de la dictadura y la discontinuidad de los poderes locales de la posguerra con respecto a etapas precedentes<sup>2</sup>. En realidad, ambas cuestiones están estrechamente entrelazadas y remiten al carácter relativamente novedoso o puramente restaurador, según el punto de vista adoptado, con que se caracterice al franquismo<sup>3</sup>.

Hay que constatar que últimamente buena parte de la historiografía se ha inclinado por restar importancia al papel y peso de

<sup>1</sup> El debate comenzó en torno a la consideración que hizo Roque Moreno de la Organización Sindical como «último reducto» falangista, dando lugar a varias intervenciones sobre la importancia del poder y el papel de Falange en el franquismo (entre otros, de Daniel Lanero, Martí Marín y Pere Ysàs, quien apuntó la necesidad de revisar la cuestión).

<sup>2</sup> COBO ROMERO, F., y ORTEGA LÓPEZ, T. M.: «Los poderes locales franquistas y la construcción de un nuevo consenso social. La heterogeneidad de los apoyos sociales al Régimen Franquista. El caso de la Andalucía Oriental, 1936-1950», en *V Encuentro de Investigadores del Franquismo. Comunicaciones*, Albacete, 2003 (CD-ROM). Esta amplitud de apoyos y la emergencia de elementos nuevos en el personal político local y más marcadamente en los mandos falangistas, se pone de manifiesto también en MORENO FONSERET, R., y SEVILLANO CALERO, F.: «Los orígenes sociales del franquismo», en *Hispania*, 205, 2000, pp. 703-724.

<sup>3</sup> Como ha señalado Carme Molinero: «Las interpretaciones divergentes aparecen en torno a si el régimen franquista fue un régimen continuador en sus rasgos fundamentales del conservadurismo del primer tercio del siglo XX, o si, contrariamente, los gobernantes quisieron dar características nuevas al orden social, lo que implica que el régimen se declarara nacional-sindicalista», MOLINERO, C.: «La política social

FET-JONS en el seno de la dictadura. Los historiadores han hecho hincapié en la subordinación y desnaturalización de Falange a raíz del decreto de unificación y de la llegada masiva de nuevos afiliados, en sus dificultades para conquistar apoyo popular, en las limitaciones a su programa y su poder impuestas por otros sectores del franquismo (Iglesia, ejército, monárquicos, patronal y conservadores en general), y en la comparación entre las aspiraciones maximalistas del falangismo radical y la política real del régimen. De ahí toda una serie de juicios que han señalado a Falange como «una estructura artificiosa» que agrupaba al conjunto de fuerzas que apoyaron el golpe y a numerosos oportunistas<sup>4</sup>, «un simulacro de partido fascista» creado artificialmente desde el poder para agrupar a los diversos grupos derechistas y ponerlo a su servicio<sup>5</sup>, que «nunca fue un verdadero partido al estilo de los Partidos fascistas italiano o alemán, u otros de menor importancia [...] ni consiguió ser realmente único»<sup>6</sup>, o que asumió «un papel de comparsa, de cuerpo auxiliar al servicio del Estado sin poder real»<sup>7</sup>.

Por otro lado, numerosos trabajos de historia local o regional han señalado que durante la guerra civil y la primera posguerra se

---

del régimen franquista. Una asignatura pendiente de la historiografía», en MORA-  
DIELLOS, E. (ed.), «La Guerra Civil», *Ayer*, 50, 2003, pp. 319-331, p. 319.

<sup>4</sup> MORENO FONSERET, R., y SEVILLANO CALERO, F.: «Los orígenes sociales...», p. 718. Para los autores «el partido fue más un instrumento de canalización política del apoyo de las élites conservadoras locales que un medio de movilización extensa e intensiva de la sociedad por una nueva generación de jóvenes falangistas» (p. 722), al tiempo que consideran que las cifras de afiliación «corroboran el fracaso del partido único en la consecución de un apoyo masivo al *nuevo Estado* franquista», pues su cerca de un millón de afiliados en 1949 «sólo» representaba el 7 por 100 de la población masculina del país (p. 718, el porcentaje subiría más si tenemos en cuenta sólo los varones adultos).

<sup>5</sup> SÁNCHEZ RECIO, G.: «Líneas de investigación y debate historiográfico», en SÁNCHEZ RECIO (ed.), G.: «El primer franquismo (1936-1959)», *Ayer*, 33, 1999, pp. 17-40, p. 25.

<sup>6</sup> ARÓSTEGUI, J.: «Política y administración en el régimen de Franco», en *El Franquismo: El Régimen y la Oposición*, vol. 1, Guadalajara, Anabad Castilla-La Mancha, 2000, pp. 35-66, p. 45. Continúa Aróstegui señalando que FET-JONS «sirvió para cumplir determinadas funciones de estructuración, apoyo y encuadramiento en los comienzos del régimen, para “aparcar” en él a determinados personajes, colectivos e intereses y, a través de una evolución muy peculiar, para constituir una especie de carcasa, el “Movimiento Nacional”, que era a la vez un conjunto de doctrinas y una organización».

<sup>7</sup> GONZÁLEZ MADRID, D.: «Gobernadores y preffetti», en *V Encuentro de Investigadores del Franquismo. Comunicaciones*, Albacete, 2003 (CD-ROM), p. 3.

produjo una amplia restauración al frente de los poderes locales de las viejas élites sociales y económicas vinculadas a los partidos derechistas, en muchos casos integradas ahora en FET-JONS<sup>8</sup>. Se produjo así una recomposición de los antiguos entramados caciquiles, hasta el punto de que Antonio Cazorla ha destacado las «raíces liberal-restauracionistas del franquismo»<sup>9</sup>.

De acuerdo con esta visión parece que nos encontramos ante un régimen estrictamente restaurador, conservador y católico, con cierta fachada «moderna» y «fascistizante» representada por una Falange heterogénea y débil, sin poder real, cual reedición de la Unión Patriótica bajo cuyo manto se hubiesen tapado nuevamente las viejas redes clientelares. ¿Refleja esta visión la realidad de la España del franquismo o por el contrario es el resultado de un excesivo énfasis en los fracasos falangistas, con olvido de su poder efectivo? Para contribuir a este debate desde el análisis de un caso concreto trataremos de exponer sintéticamente algunas de las conclusiones de nuestra investigación sobre Falange y el primer franquismo en Cantabria<sup>10</sup>, que inciden en las cuestiones señaladas, planteando por último algunas reflexiones de carácter general sobre Falange y franquismo.

## 1. El origen de los apoyos sociales del franquismo: el impacto de la Segunda República y la guerra civil

La experiencia republicana y la guerra civil tuvieron un papel decisivo en la conformación de las bases sociales del franquismo,

---

<sup>8</sup> Entre otros los de CENARRO LAGUNAS, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1997, pp. 142-143; CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Desarrollo sin reformistas. Dictadura y campesinado en el nacimiento de una nueva sociedad en Almería, 1939-1975*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1999, p. 79; SANZ ALBEROLA, D.: *La implantación del franquismo en Alicante. El papel del Gobierno Civil (1939-1946)*, Alicante, Universidad, 1999, pp. 86 y ss.; SOUTO BLANCO, M. J.: *Los apoyos al régimen franquista en la provincia de Lugo (1936-1940). La corrupción y la lucha por el poder*, La Coruña, Ediciós do Castro, pp. 137-141; VALLS, R.: *La Derecha Regional Valenciana. El catolicismo político valenciano (1930-1936)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1992, pp. 248-253.

<sup>9</sup> CAZORLA SÁNCHEZ, A.: «La vuelta a la historia: caciquismo y franquismo», en *Historia Social*, 30, 1998, pp. 119-132, p. 119.

<sup>10</sup> SANZ HOYA, J.: *El primer franquismo en Cantabria. Falange, instituciones y personal político (1937-1951)*, Universidad de Cantabria, tesis doctoral inédita, 2003.

fundamentalmente por la movilización y politización de amplios sectores sociales conservadores, así como por el impacto que la situación de inestabilidad político-social, violencia y vuelco del orden tradicional tuvo en ellos. En Cantabria, como en el resto del país, la virulenta reacción contra las reformas republicanas orquestada por las elites sociales dominantes logró conquistar el apoyo de importantes sectores de la población (en especial entre las clases medias y el campesinado), atemorizados por el tratamiento de la cuestión religiosa, la inestabilidad económica y social, y el poderío alcanzado por el movimiento obrero<sup>11</sup>. Gracias a este apoyo las derechas, representadas sobre todo por la monárquica Agrupación Regional Independiente y por Acción Popular, se hicieron con una evidente hegemonía en el campo montañés y un espacio importante en las ciudades. Junto a estas formaciones crecieron otras más radicales en su combate antirrepublicano, como la revitalizada Comunión Tradicionalista, el PNE, los Sindicatos Libres y Falange Española. El falangismo cántabro, aunque minoritario en el conjunto político regional, mantuvo una amplia actividad desde 1934 y se hizo con un apoyo bastante superior al alcanzado en otras zonas del país (superior al millar de afiliados en 1936) y repartido por casi toda la región (existieron jefaturas locales en más de la mitad de los ayuntamientos)<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> Véase al respecto SANZ HOYA, J.: *Las derechas en Cantabria durante la Segunda República (1931-1936). Organizaciones y partidos políticos*, Universidad de Cantabria, trabajo de investigación de doctorado inédito, 2000 (una versión del mismo será publicada próximamente como *Las derechas cántabras frente a la Segunda República (1931-1936)*, Santander, Universidad de Cantabria). Sobre la amplitud del apoyo a las derechas en las áreas rurales resulta especialmente interesante el análisis del caso jiennense llevado a cabo por Francisco Cobo, que ha constatado la formación de «un amplio frente rural antidemocrático y antirrepublicano», mediante la cooptación política de los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios por la patronal agraria, que explica centrándose en aspectos económicos y de conflictividad social y laboral (COBO ROMERO, F.: *Conflicto rural y violencia política. El largo camino hacia la dictadura. Jaén, 1917-1950*, Jaén, Universidad, 1998, la expresión en p. 23). Otros autores han incidido sobre todo en la importancia de los factores culturales y religiosos para explicar el apoyo alcanzado por las derechas, un magnífico ejemplo de este enfoque en VINCENT, M.: *Catholicism in the Second Spanish Republic. Religion and Politics in Salamanca, 1930-1936*, Oxford, Clarendon Press, 1996.

<sup>12</sup> Hemos analizado más ampliamente estas fuerzas en SANZ HOYA, J.: *Las derechas en Cantabria...*; así como «El catolicismo accidentalista en Cantabria durante la Segunda República. Acción Popular, 1934-1936», en *Las Claves de la España del Siglo XX. Ideologías y movimientos políticos*, Madrid, Sociedad Estatal Nuevo Milenio, 2001, pp. 335-352; y «Una fuerza de choque al servicio de la Iglesia». La Acción Católica

A la experiencia republicana sucedió la de la guerra civil, durante el primer año de la cual Cantabria permaneció en territorio republicano. El enconamiento de la lucha política y de clases, el desbordamiento del anticlericalismo izquierdista y la crisis de las instituciones republicanas dieron lugar a una oleada violenta contra las derechas y el clero que causó la muerte a más de un millar de personas, muchos de ellos religiosos, socios de Acción Católica, falangistas, tradicionalistas o cedistas, pertenecientes a casi todos los estratos sociales<sup>13</sup>. Lo ocurrido entre el verano de 1936 y el de 1937 dejó una huella imborrable en muchas personas de inclinación conservadora, horrorizadas y atemorizadas ante la muerte de allegados y conocidos, las destrucciones y profanaciones de templos, las requisas e incautaciones, el vuelco del orden social y cultural con el que se identificaban. Estas vivencias tuvieron un papel indiscutible en la creación y fortalecimiento de los apoyos sociales al franquismo, constituyendo un recuerdo que posteriormente fue reiterado, magnificado e instrumentalizado por la propaganda de la dictadura como medio de mantener el temor y garantizarse el apoyo o pasividad de importantes sectores sociales. Por otro lado, la participación directa en el frente o en la represión favoreció la «adhesión inquebrantable» de muchos, fuese por la identificación con los vencedores, por los privilegios obtenidos o por el temor a una revancha de los vencidos.

La guerra dio también un vuelco a la posición de los partidos políticos, al favorecer el enorme crecimiento experimentado por Falange y la Comunión Tradicionalista<sup>14</sup>. Sin embargo, el control de la situación estaba en manos de los militares, más concretamente en las de Franco, que con el Decreto de Unificación forzó la absorción de ambas entidades en un partido único a la manera fascista, Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Si bien es cierto que ello significó el apropiamiento de Falange por Franco, autonombado jefe nacional (además de la práctica marginación de los carlistas), no lo es menos que los mandos de FET-JONS fueron en adelante

---

montañesa frente a la II República, 1931-1936», en *Iglesia y Religiosidad en España. Historia y Archivos*, vol. 1, Guadalajara, Anabad Castilla-La Mancha, 2002, pp. 253-269.

<sup>13</sup> SANZ HOYA, J.: *El primer franquismo...*, pp. 90-99.

<sup>14</sup> Sobre el nuevo equilibrio político en la zona rebelde véase SAZ, I.: «Política en zona nacionalista: la configuración de un régimen», en MORADIELLOS, E. (ed.): «La Guerra Civil», *Ayer*, 50, 2003, pp. 55-83, pp. 57 y ss.

ocupados sobre todo por falangistas y que el naciente *Nuevo Estado* inició desde entonces un marcado proceso de *fascistización*. Los sucesos del primer año de la guerra tuvieron también un especial influjo en la situación de Falange en Cantabria. La represión republicana eliminó a dos centenares de falangistas, entre ellos muchos de los mandos, a lo que hay que añadir el impacto de las bajas en combate. Por otro lado, el proceso de unificación y la defenestración de Hedilla dejaron al falangismo montañés sin su líder más destacado, dando lugar a un malestar y un faccionalismo que se prolongarían largamente.

## 2. La conformación, evolución y asentamiento del partido único

La fase inicial de la construcción de FET-JONS en Cantabria hasta el final de la guerra civil fue compleja y contradictoria, caracterizada tanto por el empuje unificador, organizativo y propagandístico falangista, como por los serios problemas orgánicos, las divisiones internas y las resistencias de otros sectores de la *coalición reaccionaria*<sup>15</sup>. La masiva afiliación producida en apenas unos meses permitió al partido contar con una base humana impresionante, pero en muchos casos con una identificación escasa o superficial con el nacional-sindicalismo<sup>16</sup>. En todo caso la dirección del partido quedó en manos de la vieja guardia falangista, marginando claramente a otros sectores de la coalición franquista<sup>17</sup>. Y desde agosto de 1937 los falangistas se lanzaron a una frenética actividad que permitió la rápida creación de una vasta estructura, la formación de jefaturas locales y delegaciones de servicios por toda la provincia, el encuadramiento de los miles de nuevos afiliados, la organización de milicias de primera y segunda línea, y la fuerte expansión de los organismos de masas (Central Nacional-Sindicalista, Organización Juvenil, Sección Femenina). Al tiempo que las milicias y los servicios de información adquiri-

<sup>15</sup> Para este concepto véase SÁNCHEZ RECIO, G.: «La coalición reaccionaria y la confrontación política dentro del régimen franquista», en TUSELL, J. *et al.* (eds.): *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, pp. 551-562.

<sup>16</sup> *Alerta*, 26 de agosto de 1938, hablaba de «casi 56.000 afiliados», incluyendo la Organización Juvenil (16.000) y la Sección Femenina (13.000).

<sup>17</sup> Los principales cargos (jefe provincial, secretario provincial, delegados de servicios, jefe local de la capital) fueron ocupados sistemáticamente por falangistas, con escasas excepciones como Frentes y Hospitales (en manos carlistas) y alguna delegación regida por *camisas nuevas*.

rieron un protagonismo notable en la represión y el control de la retaguardia, Falange se proclamó como el único canal válido de adhesión al *Nuevo Estado*, lanzando en la prensa y en sus numerosos actos públicos violentas diatribas contra quienes no se integraban en el partido o ponían obstáculos a su labor. Esta actitud se tradujo en la ofensiva unificadora ejercida desde diversas instancias falangistas: la Organización Juvenil, el SEU o el SEM presionaron duramente a sus homólogos católicos o carlistas para conseguir su absorción y una actitud similar mantuvo la Central Nacional-Sindicalista (CNS) sobre el conjunto de entidades profesionales, sindicales y económicas, consiguiendo la integración de algunas de ellas y enfrentándose con el poderoso sindicalismo católico agrario.

Este proceso presenció también toda una serie de dificultades. En el ámbito interno la situación del partido durante la guerra civil estuvo claramente lastrada por la confusión organizativa, la falta de un liderazgo claro, los continuos cambios en los mandos y las luchas intestinas. Tras el fugaz paso por la Jefatura Provincial de Leopoldo Panizo y José Luis Ruano, en febrero de 1938 fue nombrado para el cargo Manuel Motero Valle, que no tardó en chocar con la vieja guardia santanderina, en su mayoría de simpatías *bedillistas*, dando lugar en el otoño de 1938 a una seria crisis interna que se saldó con la destitución y las sanciones impuestas a una serie de destacados mandos que se habían enfrentado al jefe provincial. Motero protagonizó asimismo choques con los gobernadores civiles Agustín Zancajo Osorio (un militar falangista) y Francisco Moreno Herrera, marqués de la Eliseda (destacado monárquico, antiguo diputado falangista y buen exponente de la derecha *fascistizada*), reproduciendo una dinámica repetida por toda la geografía nacional. A ello hay que sumar los enfrentamientos con otros sectores de la *coalición reaccionaria*, particularmente con los carlistas, que desde un momento muy temprano quedaron al margen de FET-JONS y procuraron mantener su propia estructura organizativa, y con los católicos, reacios a someterse a las presiones unificadoras en terrenos como la educación o el sindicalismo agrario<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> Tradicionalistas y católicos eran con frecuencia los mismos, dada la importante presencia de elementos de la Comunión en la Asociación de Maestros Católicos y la Federación Montañesa Católico-Agraria. Los carlistas cántabros se situaron mayoritariamente en la línea de oposición a la unificación propugnada por Manuel Fal Conde y José Luis Zamanillo, tratando en todo momento de mantener su organización

Existe un amplio acuerdo en que el final de la guerra civil dio comienzo a la etapa de mayor *fascistización* de la dictadura, desatando una continua presión falangista con el objeto de hacerse con la hegemonía política e imponer su proyecto de revolución nacionalsindicalista. Esta situación coincidió con la llegada al frente de la Jefatura Provincial en septiembre de 1939 del *camisa vieja* cántabro Carlos Ruiz García, que dos meses después fue nombrado gobernador civil, produciéndose la unificación *de facto* de ambos cargos. Habitualmente se ha venido considerando esta unión personal como muestra decisiva de subordinación o absorción del partido por el Estado, sin analizar cómo afectó realmente a la posición de poder del partido en cada provincia. En el caso cántabro las evidencias encontradas indican más bien una confusión de esferas y un reforzamiento de la posición de FET-JONS, favorecida por la presencia sucesiva al frente del Gobierno Civil de los falangistas Carlos Ruiz García (1939-1941), Tomás Romojaro Sánchez (1941-1942), Joaquín Reguera Sevilla (1942-1952) y Jacobo Roldán Losada (1952-1960).

Los mandatos de Ruiz García y Romojaro se correspondieron claramente con una marcada ofensiva falangista en torno a tres ejes fundamentales: el interno, los poderes locales y la presencia pública. Ruiz García buscó asegurar la absoluta hegemonía nacionalsindicalista en el partido, tanto mediante la promoción de la vieja guardia (incluidos los *bedillistas*) como procediendo a una extensa renovación de jefaturas locales que supuso el desplazamiento de muchos elementos «derechistas» o simplemente indolentes, colocando en su lugar a jóvenes excombatientes y falangistas, una línea que fue seguida por Romojaro<sup>19</sup>. Ambos gobernadores patrocinaron asimismo el asalto de los falangistas a las instituciones de poder locales y provinciales, sustituyendo a gran número de alcaldes y concejales vinculados a

---

e identidad. Tal situación, unida al celo monopolístico de los falangistas, dio lugar a numerosos incidentes con los mandos de FET-JONS, destacando la purga general en Frentes y Hospitales (bajo control tradicionalista), todos cuyos componentes fueron destituidos en abril de 1938 (*Boletín Oficial del Movimiento*, 15 de abril de 1938). La tensión entre falangistas y carlistas se puso de manifiesto también al enfrentarse en las calles de Santander en agosto de 1939 miembros de un tercio de requetés y de las organizaciones juveniles falangistas: AGA, Delegación Nacional de Provincias (DNP), caja 10.

<sup>19</sup> Los datos sobre renovación de jefaturas locales en AGA, DNP, cajas 10 y 66. En 1940-1942 se nombraron un mínimo de 70 jefes, de los que 42 eran excombatientes, 30 *camisas viejas* y uno requeté.

la derecha tradicional por hombres del partido, operación que alcanzó a la Diputación Provincial a principios de 1942.

El tercer eje de la ofensiva falangista fue la escena pública. La amplia movilización producida durante la guerra continuó durante los años siguientes a través de la celebración de numerosos actos de propaganda, celebraciones y concentraciones que suponían una constante presencia falangista en el espacio público. La revista mensual de afiliados, las concentraciones comarcales, la inauguración de campamentos de la Organización Juvenil y Sección Femenina o los actos en conmemoración de la «Liberación» y otras efemérides, dieron presencia casi ininterrumpida al partido en las calles y pueblos, concentrando con frecuencia a miles de falangistas<sup>20</sup>. Tales ocasiones suponían una continua exhibición que mostraba a propios y extraños la fortaleza de FET-JONS, amedrentando a los vencidos y a los tibios al tiempo que reafirmando la seguridad y la moral de los afiliados. A este clima se unía la prensa, en especial el falangista *Alerta* (con diferencia el periódico más vendido de la región), que recogía ampliamente esta movilización y cuyas páginas anunciaban o reclamaban la inmediata puesta en marcha de la «revolución nacional-sindicalista» y reclamaban todo el poder para el partido<sup>21</sup>.

Al llegar el otoño de 1942 la Falange montañesa había conquistado una cuota de poder y una presencia social notable, lo que fue posible tanto a resultas de la oleada fascitizadora desarrollada en todo el país como de la presencia de convencidos nacionalsindicalistas en el Gobierno Civil. Una tendencia que se mantuvo con Joaquín Reguera Sevilla, un falangista autoritario y escasamente radical, cuyo largo mandato (1942-1952) presenció la consolidación de la posición del partido al tiempo que su adaptación a la difícil coyuntura del declive de los fascismos y la posguerra mundial. Con las primeras derrotas del Eje y su fuerte impacto en Falange se abrió una etapa, entre 1943 y 1945, complicada, tensa y compleja, en la que el partido

---

<sup>20</sup> Hay que tener en cuenta que la revista mensual reunía en Santander unos 1.500 afiliados, mientras que las concentraciones comarcales podían reunir a varios miles. En 1941 la visita de Franco a Santander congregó a 15.000 falangistas en la capital, mientras que al año siguiente participaron 20.000 afiliados de toda la provincia en la conmemoración de la «Liberación» (partes mensuales de FET: AGA, DNP, cajas 10, 66 y 100).

<sup>21</sup> Sobre el órgano del Movimiento véase SANZ HOYA, J.: «El discurso falangista en Cantabria durante el primer franquismo: *Alerta*, 1937-1945», en *IV Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Valencia, 1999, pp. 720-726.

manifestó un decidido propósito de luchar por la continuidad de la dictadura de Franco y de la propia FET<sup>22</sup>. Se produjo un cierto repliegue del partido, con un retroceso en la movilización y una forzada redefinición ideológica (buscando un alejamiento de los fascismos europeos y una acentuación de los rasgos españoles y católicos tanto de Falange como del régimen), al tiempo que un repunte de la represión como respuesta a la posibilidad de cambios políticos. Sin embargo, esto fue compatible con el mantenimiento y aun acrecentamiento de la cuota de poder falangista en las instituciones locales (cuyo ejemplo más destacado fue la «invasión falangista» del ayuntamiento santanderino en junio de 1944). Estos años presenciaron asimismo la larga y compleja operación de montaje de la Organización Sindical, en adelante uno de los principales baluartes de poder falangistas, mientras el Frente de Juventudes y la Sección Femenina destacaban por su continua actividad.

La derrota definitiva de Alemania en mayo de 1945 dio comienzo a la prueba más dura para la continuidad de la dictadura y de FET-JONS. Como ha señalado Payne, durante los años siguientes se produjo un «eclipse parcial» de la presencia falangista, expresión del esfuerzo del régimen por disimular su vertiente fascista<sup>23</sup>. Los falangistas tuvieron que pechar con toda una serie de concesiones, sobre todo de carácter formal o cosmético, como la reinención de FET-JONS como un «Movimiento» no fascista de carácter básicamente anticomunista, católico y social; el vacío en la Secretaría General

---

<sup>22</sup> Se ocupa con acierto de esta coyuntura RUIZ CARNICER, M. Á.: «Violencia, represión y adaptación. FET-JONS (1943-1945)», en *Historia Contemporánea*, 16, 1997, pp. 183-200. La caída de Mussolini y las derrotas alemanas fueron vividas con decepción por los falangistas, produciendo una mezcla de desasosiego, nerviosismo y temor, e induciendo a la inhibición de una parte de la militancia: como reconocía el parte mensual de agosto de 1943 existía «un gran sector de afiliados que consideraban nuestra causa afín con la suerte de los componentes del Eje y el sesgo que han tomado los acontecimientos en Italia, lo han considerado como una cosa producida en casa propia» (AGA, DNP, caja 125). Pero al tiempo la voluntad falangista de resistir se puso de manifiesto en la favorable disposición con que los militantes acogieron diversas iniciativas para formar unidades armadas en 1943, así como la creación de la Guardia de Franco en 1944 (partes de mayo, julio y noviembre de 1943, septiembre y octubre de 1944, en AGA, DNP, cajas 125 y 152).

<sup>23</sup> PAYNE, S.: *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997, p. 601. Por su parte THOMAS, J. M.: *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, p. 353, habla de «años de oscurecimiento y maquillaje» para el período 1945-1948.

del Movimiento y la disminución de presupuestos; la Ley de Sucesión y la definición de España como «monarquía católica, social y representativa»; y la «democracia orgánica», con el consiguiente recurso —bien que convenientemente amañado— a la legitimación del poder por las urnas. Sin duda la reconversión ideológica del franquismo y el orillamiento de la «revolución nacionalsindicalista» fueron origen de un persistente malestar entre los sectores falangistas radicales, localizados entre un sector de la vieja guardia montañesa y el Frente de Juventudes, identificados por lo general con el *bedillismo* y hostiles a la política de Reguera Sevilla. Pero ello fue compatible con la absoluta fidelidad a Franco, la utilización del partido como instrumento de movilización popular en defensa del régimen y el vuelco de la propaganda falangista en favor de los cambios operados en la dictadura. El temor a las convulsiones que un cambio político pudiese producir y el efecto de esta propaganda llevó también a la mayor parte de las personas de derechas a cerrar filas en torno al dictador.

Conforme la década de los cuarenta llegó a su fin se hizo más patente la consolidación de la dictadura, y con ella de FET-JONS. En noviembre de 1948 el nombramiento de Raimundo Fernández-Cuesta como secretario general del Movimiento fue acogido con esperanza por los falangistas, que además consiguieron una primacía absoluta en las «elecciones municipales» de dicho mes. El cambio de década presenció una cierta reactivación del partido, aunque en realidad ramas como la Sección Femenina y el Frente de Juventudes habían mantenido una amplia actividad durante estos años. Consolidado el régimen, mejorada la situación económica y sin apenas actividad de la oposición, los años cincuenta fueron una etapa tranquila, sin demasiados sobresaltos y con una marcada continuidad en los cargos políticos, fuesen del partido, municipales o provinciales, manteniéndose en todo momento el control fetista. De hecho, la hegemonía conquistada por Falange en la posguerra se mantuvo prácticamente inmutable en los principales órganos de poder de la provincia hasta bien entrados los años sesenta. A mediados de esa década el Consejo Provincial del Movimiento estaba formado por muchos de los que habían llegado a los mandos provinciales veinte años atrás (incluido el alcalde santanderino Manuel González-Mesones, en el cargo desde 1946) y una amplísima mayoría de los diputados provinciales eran veteranos falangistas.

### 3. Implantación, base social y presencia de la Falange montañesa

FET-JONS alcanzó en Cantabria unos niveles de afiliación francamente notables, muy superiores a la media nacional. Si el falangismo tuvo antes de la guerra una presencia relativamente importante, las cifras de afiliación alcanzadas en la posguerra nos muestran un partido aparentemente muy fuerte: en junio de 1941 tenían el carnet con el yugo y las flechas casi 55.000 cántabros —uno de cada siete habitantes de la región— entre hombres (24.601), mujeres (12.255) y niños o jóvenes (17.758), mientras que los Sindicatos habían conseguido alcanzar los 60.000 afiliados. A finales de la década la militancia había disminuido ligeramente, siendo de 23.300 hombres afiliados<sup>24</sup>.

**CUADRO 1**  
**Afiliación a FET-JONS en Cantabria y España, 1941-1949**

	<i>Afiliados 1941</i>	<i>% población</i>	<i>Afiliados 1949</i>	<i>% población</i>
Cantabria	24.601	6,25	23.300	5,67
España	890.000	3,43	940.000	3,36

*Fuente:* Elaboración propia a partir de AGA, DNP, cajas 66 y 249, y censos de 1940 y 1950

Ciertamente estas cifras son engañosas y no permiten fijar el apoyo real a Falange o el número de militantes convencidos, pues la extraordinaria afluencia de afiliados como consecuencia del clima creado por la guerra civil y del carácter de partido único supuso

<sup>24</sup> AGA, DNP, cajas 66 y 249; MATEOS, A.: «Violencia política, nacional-sindicalismo y contrarreforma agraria. Cantabria, 1937-1941», en *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Contemporánea*, 11, 1998, pp. 159-189, p. 160. Los 24.601 hombres afiliados en 1941 significaban nada menos que un 22 por 100 de la población masculina mayor de 21 años, una cifra que superaba el total del voto derechista en 1931 y se acercaba a la cantidad aproximada de votos masculinos obtenidos por las coaliciones derechistas en 1933 y 1936. En cuanto a las cifras de 1949, proceden de una relación por jefaturas locales que suma 20.800 afiliados, pero que advierte de la falta de 2.500 más que habían ingresado procedentes del Frente de Juventudes, fijando la cifra total en 23.300.

el ingreso de gran cantidad de *camisas nuevas* con motivaciones y orígenes diversos. Esto incluyó derechistas —la mayoría— deseosos de mostrar su adhesión al bando franquista, algunos antiguos republicanos e izquierdistas que deseaban «lavar» su pasado o asegurarse la protección del carné falangista y, por supuesto, oportunistas de toda laya interesados en medrar a la sombra del poder. Pero sin duda una proporción de los nuevos militantes fueron personas, por lo general jóvenes, de diferentes orígenes —«apolíticos», «de derechas», japistas, republicanos, etc.— que hicieron suyas las ideas falangistas, lo cual tampoco permite rechazar sistemáticamente la significación falangista de muchos «recién llegados», incluso aunque antes de la guerra hubiesen militado en otros partidos derechistas, dada la conversión ideológica o *fascistización* que experimentó un amplio sector de la juventud española. En cuanto a la procedencia política de esa militancia parece que provenía por lo general de personas de simpatías derechistas o que no habían tenido una significación determinada anteriormente, junto a algunos elementos procedentes del republicanismo más templado y escasos izquierdistas. En torno a una quinta parte de los afiliados (4.692) eran excombatientes en el bando franquista<sup>25</sup>.

Como antes señalábamos, la entrega y grado de identificación de los afiliados con los postulados falangistas era muy irregular y las cifras incluyen un gran número de personas cuya militancia era poco más que nominal, en especial conforme declinó el clima exaltado de la guerra civil y se impuso la necesidad de sobrevivir a una dura posguerra. Se trata de algo que recogen los propios informes del partido, que distinguen entre «los viejos falangistas y los camaradas que han asimilado perfectamente nuestro estilo» y «las gentes de derechas que llegaron a nuestro Movimiento con fines acomodaticios más que con fines patrióticos». Aunque se trata de una descripción impresionista, otro informe alude en agosto de 1944 al «sector mili-

---

<sup>25</sup> Dado que carecemos de datos fiables, basamos estas afirmaciones en los indicadores con los que hemos podido contar: la procedencia de jefes locales y mandos de FET-JONS (en su mayoría *camisas viejas* y derechistas, con algún republicano maurista o radical y sin que conozcamos casos de anterior militancia izquierdista), de alcaldes y concejales afiliados a FET-JONS (con resultados similares aunque mayor proporción de derechistas y «apolíticos»), los testimonios orales recabados, así como las alusiones en los partes mensuales del partido. La última cifra procede de los datos de la Delegación de Excombatientes, en el parte mensual de septiembre de 1940 (AGA, DNP, caja 10).

tante y activo, que puede considerarse como una tercera parte de los afiliados, [que] está incondicionalmente en pie y dispuesto a cumplir serenamente las consignas del Movimiento y del Caudillo», por contraposición a «los otros sectores [que] unos por frialdad y otros por medio [*sic*, miedo] es preferible no contar con ellos». Todo ello implica el reconocimiento de un amplio sector interno escasamente identificado con el falangismo, pero también que se contaba con una fuerza en cualquier caso notable, que permitía asegurar al poco que «en Santander, la Falange dispone de una fuerte organización en toda la provincia, pudiéndose asegurar que los elementos desafectos de tipo liberal y derechista no inquietan lo más mínimo por lo que podemos resumir los resentimientos políticos solamente en los deseos de venganza de los rojos»<sup>26</sup>.

Un repaso a la implantación territorial de FET-JONS permite comprobar que la anterior afirmación era cierta. Los porcentajes de afiliación por comarcas en 1949 revelan una notable implantación en toda la provincia, que oscila entre el 3 por 100 de la población en la capital y el 8,4 por 100 de la comarca de Castro-Urdiales, y permiten extraer algunas variables interesantes<sup>27</sup>. Como en el conjunto nacional era inferior en las ciudades (Santander y Torrelavega) que en el medio rural o semiurbano, algo explicable por el importante porcentaje de población obrera y de ideología izquierdista, así como por el menor impacto de la coacción ambiental. En cambio, no existe por lo general una correlación directa entre la hegemonía electoral derechista durante la República y una elevada afiliación, o al revés entre la hegemonía izquierdista y una Falange débil. Esta relación sí aparece en Trasmiera, auténtico bastión derechista durante la República tanto desde el punto de vista del voto como de la movilización, con una fuerte presencia de los partidos derechistas y del asociacionismo católico (sindicatos agrarios y Acción Católica). En este sentido cabe pensar que la relación no debe establecerse con el voto, sino con el grado de movilización y radicalización política previo, que habría favorecido la *fascistización* de los sectores derechistas loca-

---

<sup>26</sup> Citas tomadas de AGA, DNP, caja 152, partes mensuales de abril y agosto de 1944; y AGA, Información y Turismo, caja 879, informe de 20 de septiembre de 1944.

<sup>27</sup> Hemos elaborado esta estadística en función de los datos por jefaturas locales en AGA, DNP, caja 135 (como antes dijimos, incompletos, por lo que las cifras serían algo superiores) y el censo de 1950.

les. Esto permite explicar la elevada afiliación de los valles centrales en torno al eje Santander-Torrelavega, una zona de economía mixta agro-industrial caracterizada antes de la guerra por un claro predominio del movimiento obrero socialista, una elevada conflictividad socio-política y la presencia de activos núcleos falangistas, una explicación que es también aplicable a las zonas de Castro-Urdiales y Reinosa<sup>28</sup>. Paralelamente, los menores índices de afiliación se corresponden bastante bien con zonas más atrasadas, donde el dominio derechista se había sustentado en la vigencia de un modelo tradicional de relaciones sociales y en la débil penetración de la izquierda.

A lo largo de la guerra y la posguerra Falange ejerció un poder efectivo en la vida local, representado por las jefaturas locales. Inicialmente la extremada rapidez con que se configuró la red de jefaturas, unida a la falta de *camisas viejas* disponibles, facilitó la colocación al frente de las mismas de buen número de representantes de los viejos partidos derechistas. Sin embargo, desde fines de 1939 se produjo una extensa renovación de las jefaturas en sentido falangista y, tras unos años de frecuentes cambios, desde mediados de la década se mantuvo una marcada estabilidad en los cargos. Los datos con que contamos sobre los jefes locales de la posguerra muestran una media de edad relativamente joven, en torno a los treinta y cuatro años, siendo más de la mitad excombatientes o excautivos y registrándose un neto predominio de los de procedencia falangista<sup>29</sup>.

En cuanto a su perfil sociolaboral, nos encontramos con un predominio de la pequeña burguesía de empleados y pequeños o medianos industriales, una representación del campesinado relativamente importante (aunque claramente menor que la observada en el personal político municipal), un peso no excesivo de los propietarios y profesionales liberales (quienes solían conformar las elites locales tradicionales) y cierta presencia de obreros y artesanos<sup>30</sup>. Contamos también con los historiales detallados de un grupo de diez jefes de

---

<sup>28</sup> Algo similar para el caso aragonés en CENARRO, Á.: *Cruzados y camisas azules...*, op. cit., p. 383.

<sup>29</sup> Los datos que ofrecemos proceden de un fichero en el que hemos vaciado información procedente de múltiples fuentes: AGA (Gobernación y DNP), Archivo de la Guerra Civil, prensa, etc. La edad media procede de una muestra de 48 individuos, la procedencia de los jefes locales de una de 138 y la que ofrecemos luego de profesiones de una de 86.

<sup>30</sup> Aunque en el conjunto nacional es superior la proporción de labradores entre los jefes locales (un 30,5 por 100 en 1943-1944), ésta es igualmente menor que

## CUADRO 2

### Procedencia de los jefes locales de FET-JONS

<i>Militancia, otros méritos</i>	<i>Núm. jefes locales</i>	<i>%</i>
Excombatientes	61	44,2
Excautivos	11	7,9
Falange Española de las JONS	55	39,8
Sin antecedentes o no consignados	23	16,6
«De derechas»	17	12,3
Acción Popular	9	6,5
«Simpatizantes» de Falange	5	3,6
Comunión Tradicionalista	3	2,1
ARI, Renovación Española, Bloque Nacional	3	2,1
Frente de Juventudes	1	0,7
Unión Patriótica, Somatén	1	0,7

*Fuente:* Elaboración propia.

cabeceras comarcales en 1939, en su gran mayoría individuos sin excesivo relieve político o social, procedentes de la Falange de pre-guerra, de clase media o media-baja, frecuentemente sin estudios salvo la primera enseñanza, situados en la veintena o la treintena, y desde luego con escasa preparación y disponibilidad de tiempo para hacer frente a sus responsabilidades en el partido<sup>31</sup>.

Como hemos expuesto en otros trabajos, el análisis del personal político del primer franquismo en Cantabria es la crónica de un relevo<sup>32</sup>. A lo largo de los primeros años cuarenta las viejas elites

---

la registrada entre alcaldes y concejales (véase el art. cit. de MORENO FONSERET, R., y SEVILLANO CALERO, F.: «Los orígenes sociales del franquismo», p. 722).

<sup>31</sup> Los historiales en AGA, DNP, caja 135.

<sup>32</sup> «El personal político del primer franquismo en Cantabria. De la reinstauración de las viejas élites al asentamiento del poder falangista (1937-1951)», en *V Encuentro de Investigadores del Franquismo. Comunicaciones*, Albacete, 2003 (CD-ROM), «Poder político y bases sociales del primer franquismo en Cantabria, 1937-1951», en *II*

**CUADRO 3**  
**Profesiones de los jefes locales de FET-JONS**

<i>Profesiones</i>	<i>Núm. jefes locales</i>	<i>%</i>
Industriales y comerciantes	20	23,2
Agricultores y ganaderos	17	19,7
Empleados	15	17,4
Profesiones liberales	9	10,4
Obreros y artesanos	8	9,3
Propietarios	5	5,8
Militares	4	4,6
Maestros	3	3,5
Estudiantes	3	3,5
Jornaleros	2	2,3

*Fuente:* Elaboración propia.

burguesas y caciquiles vinculadas a la derecha tradicional fueron desplazadas por una generación de jóvenes falangistas, muchos de ellos excombatientes, pertenecientes a la clase media o los sectores populares. De esta manera, desde mediados de los cuarenta se consolidó al frente de la Diputación Provincial y de los ayuntamientos una nueva clase política cuyas bazas principales eran su fidelidad a FET-JONS y sus méritos de guerra, que se mantuvo por lo general en sus puestos con la introducción del sistema de «democracia orgánica» en 1948-1949, permitiendo al partido una firme hegemonía en las instituciones locales. El control del aparato sindical reforzó asimismo su poder, dada la importancia de las funciones atribuidas a las hermandades sindicales locales, recayendo muchas veces los cargos sindicales y municipales sobre los jefes y mandos locales fetistas.

---

*Encuentro de Historia de Cantabria*, Santander, Universidad de Cantabria/Parlamento de Cantabria, 2004 (en prensa), y más ampliamente en nuestra tesis ya citada.

#### 4. Sobre el papel de FET-JONS y la conformación de las bases sociales de la dictadura

*¿Quién ha dicho que la Falange no ha gobernado en España?*  
(José Antonio Girón de Velasco, 1958)<sup>33</sup>

Como se ha podido ver, resulta difícil encajar el caso de Cantabria en la línea interpretativa que incide en la gran debilidad del partido único y la continuidad básica en los poderes locales, y ello sin entrar a analizar la importancia que tuvieron instituciones como la Organización Sindical, la Sección Femenina o el Frente de Juventudes. Puede considerarse que este caso sea relativamente excepcional en cuanto a la fortaleza del falangismo, lo que pone de manifiesto la necesidad de avanzar hacia un análisis comparado de las diversas realidades territoriales de la dictadura para plantear interpretaciones de síntesis. Pero en cualquier caso creemos que la visión de FET-JONS como poco más que una fachada decorativa está muy alejada de la realidad, pues no tiene en cuenta la notable cuota de poder del partido, su amplia base social, la importancia de las funciones que le fueron asignadas, la existencia de una ideología y un proyecto específicamente falangistas, así como la hegemonía conquistada en el ámbito de los poderes locales, que fue ligada a una renovación del personal político.

En este contexto la alusión reiterada al «fracaso» o «derrota» falangista<sup>34</sup> sólo se puede entender por la contraposición entre los objetivos máximos del nacionalsindicalismo más radical (confusos, revolucionarios, a la postre utópicos) y una realidad mucho más matizada y compleja, en la que el falangismo compartía el poder en el seno de una *coalición reaccionaria* más amplia, como ocurría por

---

<sup>33</sup> Arriba, 29 de octubre de 1958, «Cada veinticinco años saludemos a la primavera», cit. por RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, p. 488.

<sup>34</sup> Véase p. ej. SAZ, I.: «El primer franquismo», en GAY ARMENTEROS, J. C. (ed.): «Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos», *Ayer*, 36, 1999, pp. 201-221, p. 213, que sitúa la «definitiva derrota» de Falange en 1941-1942, o THOMAS, J. M.: *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, p. 264 y ss., que habla del «fin del proyecto fascista en Falange» en mayo de 1941.

ejemplo con el fascismo italiano<sup>35</sup>. También parece exagerada la insistencia en la desnaturalización, subordinación y temprano declive de FET-JONS. Pese a su origen más o menos artificial, el partido único tuvo desde su inicio una identidad, una ideología y un proyecto falangistas, como resultado del dominio ejercido en el mismo por la vieja guardia o los nuevos conversos. Precisamente por este carácter los falangistas, pese a todas las dificultades y contradicciones existentes (la falta de sus principales líderes, la invasión de cientos de miles de nuevos militantes de toda condición, los problemas con otros componentes de la coalición franquista), no cesaron en su empeño por edificar un partido único fuerte y de ideología inequívocamente fascista, por absorber y subordinar todos los elementos presentes en la España franquista (tendencias políticas, entidades profesionales y económicas, sindicatos), por controlar las instancias de poder y, en suma, por avanzar hacia la construcción de un *Estado nacional-sindicalista* de corte totalitario y controlado hegemónicamente por el partido.

De esta manera la ofensiva lanzada por los falangistas desde 1937 se prolongó en los primeros años de la posguerra, con una amplia movilización —que suele ser obviada por muchos historiadores— y la conquista de importantes parcelas de influencia, al tiempo que el proceso mostraba también las limitaciones que las otras corrientes y grupos de poder del franquismo imponían a las ambiciones de Falange (en especial de su sector más radical). Pero la presión falangista no se detuvo después de mayo de 1941, agosto de 1942, e

---

<sup>35</sup> Como ha señalado Ángela Cenarro, «estudios de las últimas décadas han desterrado el mito de la revolución fascista y han puesto de manifiesto la pervivencia de tradiciones, la rehabilitación [de] la vieja oligarquía agraria e industrial, el fracaso del partido en ejercer el monopolio del poder o la colaboración de las iglesias». También ha destacado «las cuotas de poder nada despreciables» de la Falange aragonesa, bien que en posición subordinada frente a las fuerzas de la derecha agraria y la Iglesia («Elites, Partido, Iglesia. El régimen franquista en Aragón, 1936-1945», en *Studia historica. Historia contemporánea*, 13-14, 1995-1996, pp. 83-103, p. 103). La domesticación y subordinación del Partido Nacional Fascista en Italia ya fue indicada en las obras clásicas de ACQUARONE, A.: *L'organizzazione dello Stato totalitario*, Turín, Einaudi, 1965, y DE FELICE, R.: *Mussolini il fascista (II). L'organizzazione dello Stato fascista*, Turín, Einaudi, 1968. Consideraciones muy pertinentes sobre la comparación entre los casos español e italiano y el peligro de partir de *tipos ideales* muy alejados de la realidad histórica en BOTTI, A.: «El franquismo en la historiografía italiana y la mirada del otro sobre los relatos de otras miradas», en SAZ, I. (ed.): «La mirada del otro», *Ayer*, 31, 1998, pp. 127-148.

incluso julio de 1943: es precisamente durante el período de Arrese al frente de la Secretaría General (1941-1945) cuando FET-JONS se vigoriza y consolida, por supuesto sobre la base de una completa fidelidad a Franco, sin dejar de acrecentar su cuota de poder<sup>36</sup>. El declive y derrota de los fascismos supuso un freno prácticamente irremisible en las aspiraciones a un Estado totalitario bajo control falangista, pero el partido conservó en líneas esenciales su influencia después de 1945, más allá de algunos cambios en los arcos externos, una redefinición ideológica de carácter cosmético y una cierta ocultación momentánea. Y nunca renunció a un nuevo reforzamiento de su posición, como ponen de manifiesto los proyectos de Arrese en 1956-1957, cuyo fracaso sí dio pie a una clara redefinición de los equilibrios de poder internos del régimen. Con todo ello, FET-JONS conservó hasta entrados los años sesenta una fortaleza notable en los ámbitos de poder locales y provinciales.

La otra cuestión a debate planteada al comienzo de este artículo era la continuidad o renovación de los poderes locales durante el primer franquismo. El proceso de renovación observado en el caso cántabro no es, desde luego, excepcional. En otras partes de España también nos encontramos con el surgimiento de «una nueva clase política», mayoritariamente integrada en FET-JONS y definida ante todo por su fidelidad franquista<sup>37</sup>. En el origen de esta renovación de cuadros políticos —que no significa brusca ruptura— hay que tener en cuenta diversas variantes estrechamente entrelazadas. Por un lado, la amplia movilización y politización de los sectores sociales

<sup>36</sup> THOMÁS, J. M.: «La configuración del franquismo. El partido y las instituciones», en SÁNCHEZ RECIO, G. (ed.), «El primer franquismo (1936-1959)», *Ayer*, 33, 1999, pp. 41-63, p. 50; CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 36-38.

<sup>37</sup> La expresión en CENARRO, Á.: *Cruzados y camisas azules...*, p. 385; y en el mismo sentido COBO, F., y ORTEGA, T. M.: «Los poderes locales...», pp. 4 y 15-18; SÁNCHEZ BRUN, G.: «Acercamiento a los núcleos de apoyo al franquismo a través del estudio del personal político del ayuntamiento de Teruel, 1936-1961», en *I Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Barcelona, 1992, pp. 62-65; RODRIGO ROMERO, P.; GONZÁLEZ MADRID, D., y ORTIZ HERAS, M.: «La institucionalización del régimen franquista en Castilla-La Nueva a través de los poderes locales (1939-1945)», en *IV Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Valencia, 1999, pp. 251-257. Una aproximación fundamental al personal político local es la de SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de orígenes e identidad de intereses*, Alicante, Instituto «Juan Gil-Albert», 1995.

conservadores producida durante la República y la guerra civil, que como antes hemos señalado está en la base de los apoyos sociales del franquismo y que permitió la disponibilidad de un amplio colectivo de personas, mayoritariamente jóvenes, radicalizadas y *fascistizadas* por las luchas políticas del período. Por otro, la necesidad de la dictadura de construir una base relativamente extensa de apoyo social, dado que el recurso a la represión no era suficiente para sostener el régimen.

En la tarea de crear y asentar las bases sociales del franquismo le cupo desde un inicio un papel fundamental al partido único. A FET-JONS se le atribuyeron funciones de movilización de los apoyos del franquismo, de captación de adhesiones, de socialización política de la población y de control de las masas, convirtiéndose en el principal vivero de personal político (especialmente en los cuadros medios e inferiores) y adquiriendo un enorme peso en la administración municipal y provincial. En algunos sitios el partido tuvo un papel determinante en la formación y promoción de un nuevo personal político, por lo general joven y procedente de la pequeña burguesía, del campesinado, y en ocasiones incluso de la clase obrera. En otros fue lugar de encuentro y crisol de elementos nuevos y viejos, de procedencia heterogénea pero caracterizados por la identidad esencial de intereses y la fidelidad al partido y al dictador. Como hubo también casos en que básicamente sirvió como canalizador del apoyo de las elites conservadoras locales al régimen. Pero en general no cabe duda de que Falange desempeñó un papel clave en la conformación y organización de los apoyos sociales de la dictadura<sup>38</sup>.

Con todo ello parece evidente que el franquismo no fue una simple vuelta atrás, sino más bien una fusión de elementos viejos

---

<sup>38</sup> Tanto la referencia a la canalización del apoyo conservador como la emergencia de una «elite alternativa» aparecen en MORENO FONSERET, R., y SEVILLANO CALERO, F.: «Los apoyos sociales...», *op. cit.*, pp. 721-722; la heterogeneidad de orígenes e identidad de intereses y fidelidades en SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios...*, *op. cit.*, y MARIN, M.: «Franquisme i poder local. Construcció i consolidació dels ajuntaments feixistes a Catalunya, 1938-1949», en *Recerques*, 31, 1995, pp. 37-52. Estudios como el de LAZO, A.: *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Universidad, 1998, que recoge la importante presencia entre los militantes y cargos locales falangistas de campesinos modestos y jornaleros, demuestran la necesidad de estudiar rigurosamente las bases sociales del fascismo español, dejando de lado algunos apriorismos demasiado frecuentes. Para explicar la diversidad de situaciones resulta sugerente la vía propuesta por CANALES SERRANO, A.: «Las lógicas de la victoria. Modelos de funcionamiento político local y provincial bajo el primer franquismo»,

y nuevos, tal y como ocurrió con otros regímenes fascistas o autoritarios de la época<sup>39</sup>. La grave *crisis hegemónica* atravesada por la sociedad española durante los años treinta había amenazado seriamente el orden social preexistente, de modo que para los grupos sociales tradicionalmente dominantes era evidente la necesidad de imponer un sistema político que asegurase la hegemonía burguesa. Para ello se recurrió, desde luego, a una violenta represión de los vencidos en la guerra civil, pero la dictadura precisaba, además, de una base de apoyo social relativamente amplia, sin la cual difícilmente hubiese podido mantenerse de forma duradera<sup>40</sup>. Esta base social fue construida sobre una alianza de sectores sociales heterogéneos, en la que el campesinado y la pequeña burguesía tuvieron un protagonismo singular, y que en buena medida fue articulada y canalizada a través del partido único<sup>41</sup>.

---

en *II Encuentro de Investigadores del Franquismo*, vol. 1, Alicante, Instituto «Gil Albert», 1995, pp. 74-81.

<sup>39</sup> A esta fusión de elementos tradicionales y modernos, resultado de las coaliciones entre el *establishment* y los grupos radicales o *movimentistas* se ha referido UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 51 y ss.

<sup>40</sup> El concepto de «crisis hegemónica» en GRAMSCI, A.: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984, p. 62. Para su visión de la interrelación y complementariedad entre la hegemonía de un bloque social dominante y la coerción violenta, véase BUCKI-GLUCKSMANN, C.: *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

<sup>41</sup> Una interpretación en esta línea en la citada comunicación de COBO, F., y ORTEGA, T. M.: «Los poderes locales...», *op. cit.*, pp. 8-9. La importancia de los pequeños y medianos campesinos como base social del franquismo también ha sido destacada, para el caso ampurdanés, por FONT AGULLÓ, J.: *¡Arriba el campo! Primer franquismo i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Gerona, Diputació de Girona, 2001. El análisis de las diversas salidas políticas a la crisis de entreguerras en clave de alianzas de clases y la importancia del campesinado en dichas alianzas, en LUEBBERT, G.: *Liberalismo, fascismo y socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1997. Los diferentes medios para la reconstrucción de la hegemonía burguesa también han sido analizados en MAIER, C.: *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1988.

